



CAPÍTULO IV.

LA CATÁSTROFE.

HSTÁTICO se quedó Don Santiago comprendiendo el cambio operado en su guardian.

—Mire, amigo, continuó el bandido al cabo de un rato, siempre haremos una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ponga la carta que ha estado queriendo el *Pájaro* que ponga, que hasta papel le trajo, y la llevo á la casa de usted, y usted, palabra de hombre, aquí me espera.

—Eso sería una torpeza que no daría más

UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTEZEM, BERRY

resultado que agravar mi situación inútilmente.

—¿Por qué?

—Porque como ya saben en el pueblo lo que pasa, es seguro que estarán pendientes del primero que se presente, y de este modo no le aseguro que no lo atrapen.

—También tiene usted razón.

—Mientras que si nos presentamos juntos y yo soy el primero que aboga por usted, nada pueden hacerle.

—Cabal..... pero yo siempre recelo; la verdad, no sé lo que el *Pájaro* habría pensado para arreglar este negocio; porque lo que es yo, como nunca he hecho de esto, no sé cómo se *comandan* estas cosas.

—Yo sé lo que digo, vámonos y todo saldrá bien, yo respondo.

—También dice usted bien, amigo, vámonos.

Y diciendo esto el bandido salió de la cueva y desató el ronzal de su caballo que estaba á unos cuantos pasos de allí, montó y dijo á D. Santiago:

—¡Sígame!

D. Santiago obedeció, guardando silencio, porque le parecía que una palabra podría aventurar el éxito.

Como recordarán nuestros lectores, esta escena pasaba á la sazón en que Gómez y el Pájaro asaltaban el convoy después de un formidable aguacero que había detenido por algún tiempo la marcha de los pasajeros.

En el lugar en que D. Santiago se encontraba, que estaba á algunas leguas del camino de la Hacienda grande, habría podido disfrutarse de una hermosa tarde, aunque á lo lejos se hubiesen percibido los negros nubarrones que se desgajaron sobre los viajeros.

Mientras don Santiago y el bandido abandonaban la cueva, el sol se hundía tras los montes: en ese momento se pudo oír un trueno lejano.

—Nos vamos á mojar, amigo; y lo que es usted me parece que no aguanta.

—Voy bien, decía don Santiago, procurando disimular la fatiga.

Un segundo trueno rimbombó en las alturas.

—Siempre lo echaré en ancas, dijo el bandido, mi caballo no sabe; pero con que se tenga recio.....

—Está bueno, subiré para que así vayamos mas de prisa.

El bandido paró su caballo y sacó el pie izquierdo del estribo para que se sirviera de él don Santiago, quien bien pronto estuvo montado.

El caballo del bandido sintiendo un nuevo peso sobre sí, al que no estaba acostumbrado, dió una salida en la que ambos ginetes estuvieron próximos á medir el suelo.

El caballo no cesó de corcobear, sino para emprender una carrera que por momentos se iba haciendo mas violenta: la obscuridad iba creciendo, y el caballo, soportando el peso de los dos ginetes, descendía velozmente por una cuesta pedregosa.

Sus movimientos irregulares á causa de la fragosidad del terreno, la velocidad de la carrera y el desusado peso que soportaba

el animal, causaba en el extenuado don Santiago el efecto de un vértigo espantoso.

Pasaban junto á él, con una precipitación amenazante, los árboles y las malezas, y á sus piés se abría, como un abismo de sombras, la parte mas baja de los valles, hacia los cuales iba descendiendo.

Soplaba el aire precursor del chubasco que había ya empapado á los viajeros, y en los oídos de don Santiago, producía este aire un chirrido gutural y prolongado.

Las nubes en tanto se amontonaban sobre su cabeza y las tinieblas iban siendo mas densas á cada instante.

El caballo había corrido ya lo suficiente para sentirse fatigado, y el bandido comenzó á sofrenarlo en los momentos en que una descarga eléctrica produjo en aquellos campos oscuros un lampo azuloso y una detonación formidable.

Don Santiago y el bandido arrojaron un grito, el caballo *se barrió* con ímpetu desesperado y al volver á asentar las manos en tierra, desaparecieron caballo y ginetes,

como si se hubieran hundido en un abismo. Un rumor parecido al que producen las piedras que se despeñan, se oyó en seguida; rumor que fué haciéndose poco á poco menos sensible, hasta perderse.

Volvió á reinar el silencio, interrumpido solamente por intervalos, cuando las nubes lejanas enviaban los ecos de sus descargas eléctricas, difundiéndolos por toda la zona tempestuosa.

El cielo estaba ya entoldado y no brillaba ninguna estrella; las nubes se habían fundido lentamente, formando una capa uniforme y no se había producido allí más que un solo choque que determinara el rayo: después la calma de la naturaleza fué soporosa, pero amenazante.

El lugar en que había desaparecido el caballo, era una de las últimas lomas que unían el monte con los valles; pero el costado izquierdo de esa loma era inaccesible y descendía hasta el borde de una barranca, que era una grieta perpendicular y profunda.

Don Santiago sintió un espantoso sacudimiento, vió una luz intensa, perdió instantáneamente la idea de su pesantez y su gravedad, sintió como si el mundo girase rápidamente á su derredor, y todo esto pasó en un solo instante, en el instante de la detonación.

Don Santiago se había desprendido de la cabalgadura, y cayó de espaldas en tierra y rodó.....

El bandido al sentir la brusca salida de su caballo, se apretó en la silla, se agachó y creyó que azuzando al caballo para que se despidiese con fuerza, salvaría, en dirección oportuna, lo que le faltaba de mal camino para entrar al llano.

Pero como el caballo en su primera salida, había cambiado completamente de dirección, inclinándose hacia la izquierda, bien pronto faltó el terreno á sus manos, y con el empuje del cuarto trasero, determinó una vuelta completa y su espantosa caída en la barranca.

El bandido se había agarrado con piés y

manos, formando un solo cuerpo con su caballo, que dió en el aire dos ó tres vueltas sobre la pendiente resbaladiza de la loma, que salvó en un instante; y tocando apenas el borde de la barranca, describió en el aire, y entre las sombras, una gran curva aquella masa informe, masa que apenas hubiera dejado comprender que se componía de un hombre y un caballo, masa que se estrelló contra las rocas que servían de cáuce á la barranca, sin que ni la vegetación, ni un árbol, ni un plano hubieran mitigado el horror de aquella caída espantosa.

Indescribible fué el chasquido que produjo el caballo al caer sobre las peñas; la sangre del hombre y del caballo rompió súbitamente todos los vasos, y se desprendió en menuda lluvia, que fué á mojar las tranquilas hojas de las higuierillas, sorprendidas en su reposo y su sueño, con aquel bautismo estupendo.

La masa de carne y huesos se agitó aún, como si los nervios hicieran su último esfuerzo, para arrojar de sí la vitalidad; pero

no hubo queja, ni ayes, ni estertores: la vida había tenido mil salidas francas, y sólo el calórico y los gases circulaban aún en aquella destrucción, como los últimos huéspedes de la materia.

Era la hora del silencio; parecía aquél el limbo de la vida; ni áuras nocturnas que agitaran las hojas, ni habitantes ocultos que presenciaran la catástrofe, ni penumbras que dibujaran algunos detalles de las rocas, nada; aquella gruta era la morada del silencio y de la muerte ¿era una inmensa tumba?

No; no hay tumbas: la vida está en todas partes.

Observemos.

Algún tiempo después de la caída y en medio del mas pavoroso silencio, hubiera podido oírse un gotear compasado.... Eran gotas de sangre caliente que se desprendían de aquellos restos y caían de lo alto de una peña, sobre un pequeño charco.

Otras veces se oía la salida del aire que alentó aquellos seres, y que producía ahora al escaparse una cosa parecida á un ay.

Los pequeños habitantes de la tierra fueron los primeros en dar fé de aquel cataclismo: algunos insectos de esos que merodean por la noche, habían ocurrido de dos varas en contorno á reconocer aquel despojo.

Otros saboreaban ya, en providencial banquete, la sangre fresca, en cuyos glóbulos encontraban opípara provisión.

Un hilo de agua serpeaba en tanto en la parte mas baja del fondo; y se teñía de rojo para llevar mas lejos aquella sangre muerta que iba á dar vida á plantas y á animales.

Sobre un varejón se había posado una ave parda que, con cintilantes ojos, contemplaba la carne tibia del banquete, cuyo aspecto debió inspirarle una extraña alegría, porque lanzó al viento un chirrido.... después otro que fué á lo lejos contestado.

A poco rato, acudía al reclamo otra ave, que cantó sobre el borde de la barranca y después descendió hasta el varejón de su compañera.

Arrastrándose sobre las rocas serpeaba y se erguía una víbora negra, que levantaba la cabeza y blandía una lengua sutil; mientras algunos murciélagos, revoloteaban sobre los muertos, agitando sus alas membranosas, con desusado afán, y dejando oír de vez en cuando ese terrible beso nocturno, que no es otra cosa que su idioma, su chirrido habitual.

Pero las aves no osaban descender del varejón y clavaban su vista ansiosas en la masa informe.

Era que un lobo acababa de tomar posesión de aquel botín; y desde lejos había ido avanzando con precaución y con tiento, por temor de que allí pudiera haber vida todavía.

Dilatábanse sus narices, y más de una vez había humedecido, con áspera y blanquizca lengua, el borde de sus labios, como para calmar la excitación del hambre, ó para probar anticipadamente el aire impregnado de sangre.

Ya muy próximo al lugar de la muerte,

sentó el cuarto trasero y esperó, después se tendió á lo largo para acercar, sin exponerse, las narices; tocó con ellas una piedra y la lamió.

Irguióse luego y se acercó con más confianza, olfateó, siempre dispuesto á retirarse, holló con su garra una parte blanda que se hundió con el peso, lamió y buscó carne entre aquella confusión de ropa y cueros.... Por fin, hincó los dientes.

El hilo de agua había crecido en volúmen. Otro huésped de la barranca, otro lobo había llegado ya.

Oyéronse algunos gruñiditos, que bien pudieron haber sido señales de afabilidad y de regocijo.

Era la loba.

Debieron cruzarse allí no sabemos cuantas corteses invitaciones y cumplimientos, antes del festín.

El hilo de agua seguía creciendo con un refuerzo de agua turbia, y los lobos movieron hacia adelante las orejas, levantando la cabeza, como para recoger en el oído, un

ruído lejano; y como si hubieran recibido un aviso cierto, tiraron á duo una formidable dentellada y por un momento sólo se oyó el ruído de mandíbulas y el chascar de huesos.

El hilo de agua tomaba las proporciones de un chorro y ya hacía rodar algunas piedrecitas, cuyo chasquido iba aumentando el rumor lejano.

Otra vez pusieron en observación los lobos y trasmitiéndose alguna importante observación, abandonaron simultáneamente el festín y se pusieron en camino en la dirección de la corriente.

Buscaban una vereda que les permitiera el acceso á la altura, y cuando hubieron subido cierta distancia, se pararon como para ver si aún sería tiempo de retroceder.

Pero ya en el fondo de la barranca serpeaba un arroyo con cierta precipitación, y un rumor parecido al del viento que avanza, se percibía á lo lejos.

Los lobos huyeron, y no bien hubieron desaparecido, una masa colosal, una avalan-

cha formidable, venía devorando el espacio y allanando la barranca. Piedras enormes rodaban al empuje del torrente y quedaban medio inclinadas sobre las inmóviles, soportando aquel mundo de agua que pasaba sobre ellas.

Bastaron unos cuantos momentos para que la corriente llenara todo el vacío de la barranca, y bastó otro instante para que inmensas olas, como montañas movedizas, proyectaran en medio de la obscuridad, una serie de curvas vertiginosas, que se sucedían unas á otras, como si una serpiente gigantesca, se viniera arrastrando con furia infernal sobre las montañas.

Un ruido formidable, el ruido de la destrucción, llenaba el espacio; y como si las nubes hubieran estado esperando solo aquel momento, se deshicieron en torrentes de lluvia, aumentando el estrépito que cundía por todas partes, y parecía que aquel diluvio había de ser el destino final de aquellas comarcas solitarias.



CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ DESPUÉS DEL CAREO.



pocos momentos de haber salido Gómez de la habitación en que se verificó el careo, las autoridades se vieron unas á otras y comenzaron á participarse sus escrúpulos y sus temores.

Don Nestor fué el primero en tomar la palabra y habló en estos términos:

—Yo no estoy conforme en este asunto, me parece que aquí hay gato encerrado, y á pesar de la fé del señor don Carlos en la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, N.M.